

no provisional, conociendo que era esto lo que entonces se pretendía efectuar, protestó reclamando la independencia que la había sido garantizada en 1745 en el tratado de Aquisgram; y Mackintosh sostuvo en el parlamento de Londres, que la Gran Bretaña no podía disponer de Génova por ser un territorio amigo, que invadido temporalmente por los enemigos recobraba todos sus derechos tan luego como aquellos eran espulsados (1).

Pero otros principios servían de norte á la política, y se brindó con Génova al rey de Cerdeña. También se pretendía darle todo el país hasta el Mincio; pero se opusieron á este nuevo regalo pretensiones diversas, y finalmente, se fijó como extrema frontera con la Lombardía el Tesino, que quedó sin defensa. Víctor Manuel, restablecido sin derramar sangre en el trono de sus abuelos aumentado con tan grande estension de territorio, teniendo á la vista el almanaque real de 1793, restableció con el auxilio del conde Cerruti los cargos públicos, y todas las demas cosas gubernativas en el mismo estado que tenían antes de la revolucion, cuya pasada existencia descaba poder borrar de su memoria.

Francisco de Este, primo y cuñado del emperador de Austria, había abrigado en su pecho la esperanza de lograr la corona de Italia, ó á lo menos la del Piamonte, con cuyo intento había contraído matrimonio con la hija mayor de Víctor Manuel, su cuñado; pero no consiguió mas que los Estados de Módena, que recaían en él por herencia materna.

Fernando III, despues de haber vivido por el trascurso de quince años desterrado, volvió á Toscana [Agosto de 1814], y restableció el antiguo orden de cosas que había dejado Pedro Leopoldo. Pio VII restableció también las leyes anuladas por el pasado gobierno, y á insinuacion de las potencias, reabilitó en el pleno ejercicio de sus derechos á los jesuitas, que á instigacion de las mismas potencias habían sido suprimidos por uno de sus predecesores. En resolucion, todos los príncipes vueltos al poder, juzgaron conveniente para el bien del pueblo, restablecer el antiguo orden de cosas, manifestando con semejante conducta que tenían mas anhelo de lo pasado que afecto á lo presente; y habiendo la revolucion roto las trabas al mando, destruyendo los cuerpos políticos y la franquicias tradicionales que impedían el despotismo administrativo, los reyes aprovecharon la ocasion para ejercer un dominio absoluto.

En el congreso de monarcas reunidos con objeto de arreglar los negocios políticos de Europa, tratándose también de restituir á los Borbones de Sicilia el trono de Nápoles, refiere la fama que el emperador Alejandro dijo: que debiéndose entonces guardar con-

[1] Discurso de 27 de Febrero de 1815.

sideraciones á los pueblos, no podía devolverse el cetro á un rey verdugo, y que Carolina de Nápoles, habiéndose irritado sobremedera al saber lo que había pasado, murió de repente. Pero Talleyrand tomó sobre sí el cargo de lanzar del trono á Murat [1] Castlereagh que no le necesitaba ya, se unió con sus enemigos, y Bentink que le rodeaba muy de cerca, sobornaba á sus consejeros y hacia creer á aquel monarca, que Rusia, Prusia é Inglaterra querían la independencia de la Península itálica. Sin embargo, Murat llegó á descubrir el engaño cuando se le intimó que cediera las Marcas, faltándole á todas las promesas; por lo que hizo preparativos de guerra y reanudó sus intrigas con Napoleon. He aquí cómo la suerte de los italianos se encontraba siempre á la merced de voluntades irresolutas y vacilantes.

LOS CIEN DIAS.

Napoleon luego que llegó á la isla de Elba (3 de Mayo de 1814) con Leticia y Paulina, llevando quinientos soldados de la guardia y varios mariscales y generales, pudo considerar aquel país como un lugar de retiro que le ofrecía algunos instantes de reposo. Los monarcas aunque le habían colocado á la vista de sus batallones, y en un punto muy cómodo para estar alerta contra las Tullerías, aparentaban no tenerle miedo. Pero Napoleon, mal satisfecho por la violacion de los pactos concluidos, alimentaba ya nuevas esperanzas por los errores de los Borbones y de los aliados; de suerte que la pequeña isla llegó á ser el centro de manejos muy activos.

Despues de veinte años de tantas vicisitudes, ¿quién se acordaba en Francia de la familia real, la cual regresaba sin gloria, pues que no había arrostrado hasta entonces ningun peligro? Sin embargo, los aliados no restablecían á los Borbones en fuerza del derecho divino, antes bien, habían declarado que su restauracion dependería del voto nacional. El gobierno provisional redactó, pues, una carta (13 de Marzo de 1814), que debía ser un contrato entre la dinastía antigua y el país nuevo; el senado se apresuró á aceptarla; pero Luis XVIII no la reconoció, y quiso dar otra con su autoridad de rey sin oír á los cuerpos del Estado (6 de Abril de 1814). La forma de concesion que se dió á esta segunda carta disgustó generalmente, reparándose mas en sus frases que en la esencia; y diciendo que le había sido inspirada por Luis XVI, parecía proclamar que tantos años, tantas vicisitudes, tanta experiencia, no le habían hecho progresar un paso. Entonces la Francia estaba débil, pero

(1) El rey de Nápoles Fernando I recompensó generosamente en esta ocasion al ex-obispo de Antun.

[Nota del traductor.]

como un gran atleta, que habiendo luchado un dia entero, pide reposo aunque se siente en completa robustez. Convenia, pues, usar con ella de toda especie de consideraciones y respetar un pasado glorioso, segun habían prometido formalmente los aliados. Pero mucho antes de que Luis XVIII llegara, se habían cedido con apresuramiento y furia cincuenta y dos plazas, mil doscientas piezas de artillería, almacenes y buques de guerra. Además la Francia perdía su escuadra en los puertos de Amberes, Venecia y Génova; de suerte, que se hallaba reducida á menos fuerzas de las que en el dia crearían necesitar Nápoles ó la Cerdeña. Desde Enrique IV en adelante, la Francia no había cedido un palmo de terreno: hasta el pacífico anciano Fleury la había agregado la Lorena; y hasta el indolente Luis XV la había aumentado con la Córcega; pues sin embargo, despues de tantas conquistas, y de los aumentos que habían tenido las potencias rivales, se encontraba como en 1792, y solamente con las pequeñas agregaciones del condado Venecino y de Aviñon arrebatados al Papa que protestaba contra este despojo. Pero no era esto solo, sino que también perdía en influencia, por lo cual el patriotismo, que en ningun pueblo es mas vivo que entre los franceses, se resentía, porque en la restauracion veía el envilecimiento del país.

Como si no bastase á Francia tener en su capital á los extranjeros en ademán de vencedores, veía abatir monumentos que no pueden borrarse de la historia; veía rehacer el concordato; restablecer los títulos de la nobleza antigua; destruir el senado, á cuyos manejos se debía la destitucion de Bonaparte; restituir los bienes á los emigrados; señalar al rey treinta y dos millones de francos de dotacion, y volver á restringir la imprenta. Los tres colores bajo los cuales había vencido, eran reemplazados por la despreciada bandera blanca; dábse preferencia á los nobles antiguos; se despedía á los valientes para crear compañías de guardias de corps; y las clases aristocráticas alimentaban esperanzas indiscretas de privilegios, de diezmos, de devolucion de bienes nacionales; Napoleon, hijo y verdugo de la libertad, había perdido el aura popular, reconstituyendo el despotismo y la aristocracia (1);

(1) Napoleon había creado duques, príncipes, mariscales, grandes oficiales de la legion de honor, &c., y formado una nueva aristocracia; pero ésta, que había salido del seno del pueblo y adquirido sus títulos con prodigios de valor é ilustres hazañas, no atacaba de frente con privilegios y exenciones los intereses del pueblo francés, cuyo amor propio se quedaba satisfecho viendo que cualquier individuo de su clase, que se distinguía por sus méritos personales, llegaba á ser decorado con los mismos títulos y honores que los personajes mas elevados del imperio. Pero la vieja aristocracia, que formaba un cuerpo separado del pueblo, y apoyaba toda su grande-

¿qué cosa podría ser mas á propósito para devolver la popularidad, que un gobierno que ofendía al pueblo en aquellas pequeñas formas á que se aficiona el vulgo? Los Bor-

za en diplomas y blasones carcomidos, era un objeto de odio para el pueblo, cuya dignidad ofendía á cada paso con su desmedido orgullo. Los emigrados, los adictos á los Borbones, los escritores opuestos á Napoleon y al nuevo orden de cosas que habían llegado á comprender esta gran verdad, ponían en juego todas las fuerzas que estaban á su alcance para atacar con las armas del ridiculo y con la calumnia la nueva aristocracia, pintando la vida pública y privada de sus individuos con los colores mas execrables. Nosotros tenemos á la vista el cuadro biográfico que nos ha dejado consignado el Sr. Smith, escritor inglés, en las páginas impías de su *Historia secreta del gabinete de Napoleon Bonaparte, &c.*, de los principales mariscales y dignatarios del imperio, á quienes califica de asesinos, estafadores, sacrilegos, &c., exceptuando tan solo de la canalla al mariscal Marmont, que hizo traicion á Bonaparte. Vamos á insertar por vía de curiosidad un compendio muy reducido de este famoso cuadro.

El mariscal Bernadotte, príncipe de Pontecorvo y príncipe hereditario de Suecia.

Este príncipe de nueva fábrica era soldado raro de un regimiento de infantería, y su civismo le elevó al rango de oficial. Ha sido siempre jacobino, porque con ello ganaba mas que con ser realista.

El mariscal Massena, príncipe de Essling y duque de Rivoli.

Massena es hijo de un tabernero de Niza. Sirvió de sargento de un regimiento de Cerdeña; mas habiéndose desertado por motivo de la *libertad francesa*, se fué á agenciarse servicio en aquel país; y como tuviese un genio emprendedor, se abrió puen pronto las puertas de la fortuna. Estuvo empleado todo el tiempo de la primera campaña de Bonaparte en Italia, é hizo los mayores servicios al ejército francés por razon del perfecto conocimiento que tenía del país que se había hecho el teatro de la guerra.

Es muy aficionado al dinero, ni comete delitos que no sean lucrativos; detesta de veras á Napoleon, el cual por su parte le paga con la misma moneda. Tiene un espíritu muy independiente, y el decidido empeño que manifestó en el proceso de Moreau, fué la causa de haberse visto desterrado de París: sin embargo, como el tirano no puede estar sin generales, volvió á llamarle en 1805 cuando la reuocacion de las hostilidades con el Austria, y le confió la comandancia del ejército de Italia.

El mariscal Mortier, duque de Treviso.

Mortier, que nació en Dunkerque, era mancebo escribiente de la casa de Vieck y compañía,

bones, con lutos públicos, exequias y expiaciones á los huesos de Luis y de Antonieta, traían á la imaginación recuerdos penosos é insultantes de una revolución, que por su bien deberían haber tratado de sepultar en el olvido. Reconocíanse deudores de todo á los extranjeros y de nada á la nación; pero mientras daban á aquellos muestras de gratitud, la cólera francesa armaba contiendas con los soldados de los aliados. Así se volvía contra los Borbones toda especie de resentimiento nacional; su afectada devoción, encrudecía las olvidadas repugnancias religiosas; y Napoleón, antes detestado, reco-

comerciantes de esta ciudad. Al principio sirvió en calidad de sargento en la guardia nacional, y se halló en la batalla de Jemmapes. Carece de toda reputación militar; ni llegó á verse general de división sino después que Bonaparte subió al consulado.

Es sabido que Mortier tuvo una comandancia en el Hannover, en donde se hizo célebre por sus depredaciones. La señora condesa de Treviso es hija de un tabernero de Coblenza.

El mariscal Ney, duque de Elchingen.

Este es un bandido atroz y de primer orden. Es hijo de un amolador de Saar Luis. Antes de la revolución servía de asistente á un oficial de la guarnición, á quien acompañó á París; pero habiéndole su amo despedido, porque sucedía á veces que metía sus manos en las faltriqueras ajenas, entró por mancebo de establo en casa de un corredor de caballos de la calle de Poissonniere, en donde no estuvo más que un año. Como nuestro mariscal haya siempre querido de corazón los bienes ajenos, le dió la humorada cierto día de irse de casa de su corredor y robarle dos de sus mejores caballos; pero por desgracia no corrió lo que era necesario, pues fué detenido y puesto en la cárcel. La revolución le libró (como á tantos otros) de las galeras ó de la horca; y hecho soldado de la libertad, se abrió el paso á la fortuna del mundo.

Está casado con la nieta de madama Campan, la cual percibe una pensión de las jóvenes madamitas de San German, y ha sido la lavandera de todas las grandes y virtuosas damas de la corte de San Cloud. La señora duquesa de Elchingen, violada antes de su matrimonio por Luis Bonaparte, era ura de las damas de honor de la repudiada Josefina; y es muy regular que ocupe la misma plaza en la casa de la archiduquesa Maria Luisa:

El mariscal Soult, duque de Dalmacia.

Soult es un salteador, en toda la estension del término; de modo que antes de la revolución profesaba el noble oficio de ladrón. Se entregó todo entero y sin reserva á la causa de la libertad francesa, en cuyo sostenimiento hizo unos rápidos progresos por medio de sus discursos revolucionarios.

Madama la duquesa, muy famosa por su pros-

braba la aureola de gloria y la misión de libertador.

Habíase reunido entre tanto el congreso en Viena (3 de Noviembre de 1814), asistiendo á él en persona los reyes de Prusia, Austria, Rusia, Baviera y Wurtemberg; por Inglaterra Castlereagh; y Talleyrand por Francia, la cual fué admitida después de graves dificultades y solamente para las discusiones que tuviesen relación con sus fronteras. Fiestas, carreras de caballos, fuegos, amores, alegraba una reunión de que dependía la suerte de Europa (1). La Rusia, entonces predominante en la opinión, y la Prusia, que se había puesto á la cabeza de la emancipación de los pueblos, quisieron aumentar su territorio: la primera obtuvo la Polonia, y la segunda la Sajonia, concesiones que obligaron á hacer otras muchas. Queriendo cercenar el territorio de Francia como nación peligrosa y ponerle á cada lado robustos vecinos, se adjudicó Génova al Piamonte, la Bélgica á Holanda, y á la Suiza tres nuevos cantones: el Valés, Ginebra y Neufchatel, que le proporcionaban una línea militar. El congreso, excluyendo á las pequeñas potencias del derecho de votar, mostró que quería organizarlas según la voluntad de las grandes; pero Talleyrand, habituado á considerar los gobiernos como formas transitorias, admitiéndolos solo por el tiempo que sabían conservarse, viendo á los reyes dispuestos á hacerlo todo por sí y para sí, consiguió sembrar rivalidades entre unos y otros. Los principillos de Alemania clamaban contra su esclusión del congreso; Murat, viendo que se pensaba en desposeerlo, se armó y solicitó de Austria el paso con ochenta mil hombres para combatir á los Borbones en Francia; y éstos, para defenderse, reunieron un grande ejército en el

titucion, y por esta razón *dama de honor* de la emperatriz repudiada, es hija de un mozo de cordel de Sohlingen.

El general Junot, duque de Abrantes.

El señor duque de Abrantes, antes de la revolución era lacayo: empezó su carrera militar con llevar el mosquete, y debe su ascenso á un accidente de nada, que es el siguiente. Queriendo cierto día Bonaparte despachar un pliego sobre el campo de batalla, y no teniendo en aquel entonces ni secretarios ni ayudantes, se fué al frente de un cuerpo de tropa que estaba cerca de él, y dijo á los soldados: "Granaderos, ¿quién hay de entre vosotros que tenga buena pluma?" Cuando el señor Junot (que escribía medianamente bien) salió de la fila y se presentó, y despachado el pliego fué hecho sargento. Desde entonces acá no ha cesado de crecer en favor, como nadie ignora. Este general es muy rapaz, muy astuto y muy cruel, y tardarán mucho en olvidarse los horrores que cometió en Portugal.

(1) El príncipe de Ligny, decía el congreso, baila, no camina.

Delfinado. Todo entre tanto difundía un descontento universal: los reyes, mientras se estrechaban cordialmente la mano, disponían alianzas secretas uno contra otro, y especialmente Austria, Francia é Inglaterra, se entendían para disminuir la preponderancia que habían granjeado á Alejandro los sucesos y sus cualidades personales. Metternich y Talleyrand convinieron en conservarse en pié de guerra previendo nuevas discordias, y para aprovecharse de éstas, fomentaba la Inglaterra la teatral ambición de Murat.

Bonaparte, que todo lo veía, se reía, esperaba y redoblaba sus intrigas. Los italianos, especialmente los soldados, hallando de nuevo á su nación desmembrada y reducida á la nulidad, conspiraban, instigados de un lado por Austria y los Borbones de Nápoles que buscaban un pretexto para perder á Murat, y de otro por Francia, Rusia y Prusia que querían molestar á Austria en la posesión de Italia, á quien miraba como suya; Murat entre tanto se formaba la ilusión de llegar á poseer aquella corona de hierro, hacía la cual tantos habían extendido la mano sin que ninguno supiese conservarla; y Milan, Bolonia y Alejandría, donde la sociedad de los carbonarios se había difundido mucho, conspiraban para proclamarlo rey independiente. ¿Pero cómo rechazar á los austriacos? El ejército italiano estaba disuelto ó había sido trasladado á Hungría; el de Murat no bastaba; los oficiales de las legaciones, de Módena y del Piamonte, se hallaban diseminados y vigilados por Austria, la cual tenía además todas las fortalezas. Era, pues, necesario extender la red; y así se acordó que en Turín se prendiese á los realistas y al general austriaco Bubna, en Milan á Bellegarde y Sommariva, y que entre tanto Murat ocupase las legaciones y Roma. Talleyrand, jugando á dos palos, esperaba resucitar en la capital del catolicismo el partido francés, y alejar al Austria de las fronteras de Francia. Envió al duque de Berry á Lyon al encuentro de la división de Grenier, que volvía de Italia, haciéndole entender que podría muy bien aprovecharse la sangre vertida en este país; mientras tanto introdujo entre los conjurados (1) un tal Saint-Aignan, su emisario, por cuyo medio, habiendo sabido los pormenores de la conjuración, y que se trataba, no de Francia, sino de Italia, los denunció á Bellegarde, lugarteniente en Lombardía, el cual prendió á los jefes, los tuvo tres años encausados, los condenó, y por último los indultó.

En aquel instante Napoleón, saliendo de la isla de Elba, desembarcó en Canas de

(1) Entraron en esta conjuración los italianos Teodoro Lecchi, general; el teniente coronel Gasparinetti, inspector general; Bagani, jefe de escuadrón; Brunetti Pagani, Gerosa, Caprotti, Marchal, Varesi, los profesores Romagnosi y Gioja, &c.

Provenza (1º de Marzo de 1815); los batallones enviados para rechazarle se pusieron de su parte; pronuncióse también en su favor el ejército reunido en el Delfinado, la bandera tricolor despertó el entusiasmo de sus primeros años, y *el águila voló de campanario en campanario hasta París*. Benjamin Constant exclamaba en el *Diario de los Debates*: "Yo no iré como un miserable desertor arrastrándome desde los piés de un poder á los del otro, á cubrir con el sofisma la infamia, á tartamudear palabras profanadas para comprar una vida vergonzosa;" sin embargo, á poco tiempo admitió el cargo de consejero de Estado de Napoleón. El mariscal Ney, besando la mano de Luis XVIII, le dijo: "Señor, yo os traeré á Bonaparte en una jaula," y marchó para combatir contra él; pero al día siguiente pasó á ofrecerle su espada. El mariscal Soult, en la órden del 8 de Marzo trataba á Napoleón de insensato y usurpador; el 26 le hacía la corte, y pocos días después era nombrado su mayor general. Luis XVIII no tuvo más remedio que resignarse á un nuevo destierro.

Bonaparte apenas desembarcó, dijo: "Cambonne, esta es mi mejor campaña: os doy el mando de mi vanguardia. No dispareis un solo tiro; no encontrareis más que amigos: mi corona debe serme devuelta sin que se derrame una sola gota de sangre francesa." En efecto, se presentó inerte entre los soldados; recomendó que se dejase marchar á la familia real, y condecoró al único individuo de la guardia nacional que quiso acompañar al conde de Artois: hermosa página en sus fastos! Entró en París (20 de Marzo de 1815) diciendo que iba á defender la independencia y felicidad de Francia, é inmediatamente disolvió las cámaras, abolió la nobleza y convocó una asamblea nacional para establecer los límites del poder; pero no se acomodaba bien la máscara democrática á su rostro de emperador. A Murat, que *arrepentido quería reparar sus faltas*, le respondió que hiciese preparativos de guerra; pero que no aventurase nada contra el Austria, con la cual estaba en negociaciones y esperase sus órdenes. Y á decir verdad, si Murat se hubiese atrincherado entre los Abruzzos, esta posición amenazadora habría bastado para tener á raya al Austria; pero dando oídos á consejos imprudentes y acaso pérfidos, y sin discurrir demasiado sobre el objeto que lo llevaba, se puso en movimiento en dos columnas, la una mandada por José Lecchi, que se dirigió sobre Roma, de donde huyó el Papa, y él con la otra invadió las Marcas, y sin dejar de profesarse adicto á los aliados, atacó á los austriacos en Pesaro, y en Rimini anunció á los italianos que iba á hacerles independientes. "La Providencia, les dijo, os llama al fin á ser una nación independiente. Desde los Alpes hasta el Estrecho no se oiga más que un solo grito, el de independencia de Italia. ¿Con qué título pretenden los extranjeros quitarnos

esa independencia que es el primer derecho y el primer bien de cada pueblo? ¡Acaso la naturaleza levantó en vano para vosotros la barrera de los Alpes? ¡Acaso os cercan en vano con barreras aun mas insuperables la diferencia de idioma y de costumbres, la invencible antipatía de caracteres? No, no; quede libre de una vez el suelo italiano de todo dominio extranjero. Dueños un tiempo del mundo expiásteis aquella gloria peligrosa con veinte siglos de opresion y de estragos. Sea hoy vuestra gloria el no tener dueños: cada nacion debe contenerse dentro de los límites de la naturaleza [1].” Pero se engañaban recíprocamente: Murat echando bravatas y prometiendo sesenta mil soldados, y los liberales ofreciéndole por su parte grandes auxilios. En realidad no tenia mas que treinta y cuatro mil trescientos infantes, cinco mil caballos y sesenta piezas de artillería con muchísimos oficiales franceses, al paso que los austriacos le oponian cincuenta mil infantes, cinco mil caballos y sesenta y cuatro piezas de artillería, y si Bolonia y alguna otra ciudad se declararon en su favor, el resto de la Romanía y de las Marcas se quedaron á la expectativa y le escasearon los víveres. Sin embargo, los austriacos se retiraron hasta el Pó y el Tanaro, y si Murat hubiese continuado hasta Occhibello, acaso habria encontrado apoyo en los lombardos y venecianos, ya predispuestos en su favor; pero en estas circunstancias le llegaron cartas de su mujer llamándolo á Nápoles amenazado por los ingleses. Entonces conoció que habia sido vendido, y perdiendo el ánimo lo hizo perder tambien á los suyos. Perseguido en derrota, al llegar junto á Macerata habria caído prisionero con su estado mayor, si un batallon de reclutas de las legaciones con sargentos y cabos veteranos no le hubiese abierto camino [2 de Mayo de 1815]. Bianchi lo derrotó en Tolentino, y Nugent al mismo tiempo entrando por la Toscana y por Terracina cayó sobre el territorio napolitano. Para proteger la retirada, Murat se fortificó en Ceprano; pero allí tuvo peor fortuna y llegó á Nápoles habiendo perdido los equipajes y la artillería. En Nápoles dió una constitucion (19 de Mayo de 1815), pero demasiado tarde, y luego habiendo amenazado el comodoro inglés Campbell que bombardearia la capital, lo entregó todo, si bien garantizó la deuda pública, las rentas de los bienes del Estado, la nueva nobleza, los grados, las pensiones de los militares que pasaran á servir al nuevo rey y una amnistía para todos. En Nápoles se escitaron tumultos que promovieron a so-

(1) Escribió á su nombre esta proclama Pelegrin Rossi, entonces estudiante en Bolonia, y huyó de Italia con su rey vencido, para no volver hasta el año de 1848. Véase cuán falso es que el sentimiento de la independencia naciese en 1848 como propalan los que han estado dormidos hasta entonces.

licitud de las autoridades la entrada de los austriacos, los cuales, con no poca efusion de sangre, lograron tranquilizar la plebe. Fernando, titulado *rey del reino de las Dos Sicilias*, restaurado por el ejército extranjero en su no conquistado reino [23 de Mayo de 1815] prometia un gobierno templado, leyes fundamentales y la conservacion de los códigos y empleos. Este infeliz país en los veinte años que habia sufrido de trastornos, en la alternativa sucesion de vencedores y vencidos, habia acumulado un miserable tesoro de rencores y venganzas; sin embargo, conservó mucho de lo bueno que en diez años habia establecido la administracion francesa y no quedó sometido al extranjero.

Joaquin, después de andar errante y oculto por mucho tiempo, llegó á Córcega y reunió un puñado de parciales para imitar el desembarco de Napoleon y reanimar en Calabria contra los Borbones (1) el sistema de

[1] Considerando que Joaquin Murat fué uno de los guerreros mas ilustres de la época imperial, y que sus errores influyeron no poco en la suerte de Italia, vamos á insertar algunos pormenores relativos al último periodo de su vida y á su muerte funesta, que confirmó aquella sentencia tan conocida. “Las acciones mas audaces no se pueden llevar á cabo sino por el hombre de genio.” En efecto, Murat, que quiso imitar á Napoleon en su fuga de la isla de Elba invadiendo á Francia, no hizo mas que poner un término lastimoso á sus dias.

Murat, rey de Nápoles, después de haber sido derrotado por los austriacos, volvió á la capital de su reino, dió arreglo á sus negocios domésticos, y encargó al bizarro general napolitano Carrascosa de tratar con sus enemigos. Este le dijo: Señor, indíqueme de qué modo debo conducirme.—Cededlo todo, no reparad en nada con tal que el honor de mis tropas y la tranquilidad de mis súbditos no sufran la menor alteracion.” El tratado con los encargados del Austria se efectuó en una pequeña quinta de un tal Lazza, napolitano, por lo cual, aquel tratado tan famoso en la historia de Italia, lleva aun el nombre de “*tratado de Casa Laza*.” Después de haber dado el rey las órdenes de su partida, se dirigió conservando su incógnito al palacio donde estaba su esposa, la abrazó con los ojos empapados en lágrimas, y la dijo estas palabras: “Carolina mia, todo lo he perdido;” pero ésta con una fuerza de alma varonil y digna de la hermana del gran conquistador del siglo, contestó: “No todo, si el honor y la constancia no se han perdido aún.” Al cabo de pocas horas Carolina Bonaparte se embarcó en una nave inglesa, y Joaquin su consorte se dirigió por el camino de Marsella y después á Tolon, desde donde envió una carta á su amigo Fouché, diciéndole que no habiendo podido las vicisitudes políticas alterar el fondo de sus sentimientos verdaderamente franceses, y que no pudiendo echar en olvido sus lazos de parentesco con el emperador, anhelaba servir nuevamente bajo sus órdenes; pero sus deseos no llegaron á realizarse. Después de la batalla de

guerrillas que éstos habian alimentado contra él. La tempestad dispersó su pequeña escuadra, y él, habiendo desembarcado en

Waterloo, no reputándose Joaquin Murat seguro en Francia, se trasladó á la isla de Córcega y puso en juego todos los medios que quedaban á su alcance para organizar una expedicion con objeto de invadir el reino de Nápoles, lisonjeándose que seria bien recibido por sus antiguos súbditos, y que éstos le ayudarian á reconquistar su reino. El dia anterior al de su partida, recibió una carta de un tal Maceroni, el cual, habiendo sabido que Murat se disponia á marchar sobre Nápoles, le escribió que no ejecutase sus proyectos, porque debía comunicarle algunas noticias muy importantes y convenientes á sus intereses. En efecto, habiendo llegado á Calvi, se presentó á Murat y le puso en sus manos un pliego que le dirigia el emperador de Austria, firmado por el príncipe de Metternich, concebido en los términos siguientes: “S. M. el emperador ofrece hospitalidad al rey Joaquin bajo estas condiciones: el monarca de Nápoles tomará un nombre particular, y llevando ya la reina su esposa el de Lignano, se propone al rey adoptar el mismo. Este podrá fijar su residencia en una ciudad de Bohemia, de Moravia ó de la Austria superior, ó en una de las pequeñas poblaciones de las mismas provincias. Empeñará su honor en no abandonar los Estados de S. M. I., sin un espreso consentimiento de la misma, y promoverá vivir como particular sujetándose á todas las leyes de la monarquía austriaca.”

Dado en Paris el 10 de Setiembre de 1815.— Por orden de S. M. I. R. A., el príncipe de Metternich.

Murat, al leer aquella carta, exclamó con indignacion: “¡Se me propone, pues, constituirme prisionero! . . . no puede ser;” y no abandonando sus planes, en la noche del 28 de Setiembre de 1815 zarpó de Ajaccio con su pequeña escuadra, y al cabo de pocos dias de navegacion arribó á Pizzo, paisillo pequeño de las Calabrias, donde desembarcó con cerca de 28 de sus satélites, que gritaban en alta voz: *¡viva el rey Murat!*; pero los circunstantes guardaron el mas profundo silencio, porque preveian ya el fin lastimoso de aquella empresa tan atrevida cuanto necia. Viendo Murat frustradas sus esperanzas, trató de marchar á Monteleone creyéndola ciudad amiga; pero en esta circunstancia un hombre llamado Trenta-Capilli y un agente del duque del Infantado con algunos otros, dispararon unos cuantos tiros contra Joaquin. Habiéndose apiñado entre tanto bastante gente á su alrededor, Joaquin no tenia mas remedio que el de salvarse volviendo al mar por la parte mas escabrosa de la orilla sembrada de peñascos; en efecto, trepando por ellos, llegó á un sitio muy oportuno para evadirse; pero vió su barco que navegaba ya á lo lejos; entonces el desventurado monarca llamó repetidas veces: “Barbará, Barbará (era éste el nombre del capitán del buque), el cual se dió infan-

Pizzo, alzó la bandera, pero fué preso [8 de Octubre de 1815] y la corte de Napoles que supo á un mismo tiempo el peligro y su salvacion, envió órdenes para fusilarlo. Tenia cuarenta y ocho años [1]. Fernando triunfó y cumplió el voto que habia hecho de levantar un templo á San Francisco de Paula.

mamente por desentendido, porque se creia dichoso con su fuga, que lo dejaba poseedor de las innumerables y preciosísimas halajas del desventurado monarca, las cuales habian quedado á bordo del buque.

Caido, pues, el desdichado Joaquin en manos de sus enemigos, le ultrajaron vilmente, le arrancaron con fuerza algunos brillantes que adornaban su sombrero y su pecho y le hirieron en el rostro. En un estado tan lastimoso le trasladaron al pequeño castillo de Pizzo, y por conducto de las autoridades participaron la noticia de su arresto á Fernando de Borbon, el cual mandó inmediatamente que se sujetase al fallo de un consejo de guerra. El desventurado Murat al oír disposicion semejante exclamó: “¡Es una pena capital!” Sin embargo, recobrando su antiguo valor, dijo: “La corte que debe juzgarme es incompetente, porque los monarcas no reconocen mas juez que Dios; ademas yo tengo el carácter de mariscal francés, y tan solo un consejo de mis pares puede juzgarme.” y dirigiendo la palabra á cierto Starace que le habia sido destinado por defensor: ¡Os impongo, le dijo, que no me defendais, porque no podeis alejar de mi el golpe fatal.” Ultimamente, solicitó la gracia de escribir á su esposa, lo que se le concedió, y lo verificó en una carta atestada de sentimientos tiernos y patéticos, que eran su última despedida de una esposa á quien habia debido su antigua fortuna, y de sus hijos que amaba entrañablemente. Al cerrar la carta se arrancó algunos rizos de sus cabellos que puso en ella, recomendándola al general Nunciante que le tenia en custodia. Algunos momentos después le fué leida la sentencia de muerte, que escuchó con una frialdad mezclada de desden que rayaba en el escarnio. Llevado á un pequeño recinto del castillo, vió un batallon de soldados formados en dos filas, lo que miró con serenidad é indiferencia, no permitiendo que se le vendasen los ojos, y tomando una actitud de recogimiento como un hombre que se encomienda á Dios, dijo á los soldados: “No dirijais vuestros tiros á la cara, sino al pecho;” y entretanto recibió la muerte estrechando en sus manos los retratos de su familia, que fueron sepultados con el cadáver de aquel infortunado monarca. Así acabó de existir Joaquin Murat, á los cuarenta y ocho años de edad y después de haber reinado por el trascurso de siete años.

(Nota del traductor.)

(1) Carolina con sus hijos se trasladó á Trieste. Luciano príncipe de Canino marchó de Roma á Paris á ofrecer sus servicios á Napoleon; Luis permaneció en Roma y Leticia en Nápoles. José, después de la derrota de Waterloo se refugió en Nueva-York y después en Florencia, donde murió en 1844, y donde tambien falleció Luis el 25 de Julio de 1846. Estos augustos desgra-

Napoleon, pues, habiendo perdido la esperanza de llamar la atención de sus enemigos hacia otra parte, trasladando el teatro de la guerra a Italia, se vió reducido tan solo á sus propias fuerzas. Fué entonces cuando lo puso todo en armas, improvisando ocho ejércitos, al paso que dos millones de guardias nacionales habrían podido renovar aun los prodigios de la Convencion. Pero el ímpetu nacional amedrentó á Napoleon, el cual, despues de haber exclamado en Fontainebleau: *no es la coalicion de los reyes la que me destrona, sino la opinion liberal*, habría debido fiarse en esta. El dijo al pueblo: "yo queria el imperio del mundo, y para conseguirlo me era necesario un poder sin límites, mas para gobernar únicamente á Francia será tal vez mejor una constitucion. ¿Quereis elecciones libres, discusiones públicas, ministros responsables? ¿Quereis en fin la libertad? Yo tambien la quiero... Sobre todo la libertad de imprenta sería absurdo prohibirla ó sofocarla." Estas eran sus palabras; pero los hechos llevaban el timbre imperial. Al desembarcar apostrofó á los franceses llamándoles *ciudadanos*: á la mitad del camino ya los tituló *franceses*, y en París no les dió otro nombre sino el de *súbditos*. No le habia servido, pues, de escuela la desventura. Otorgó una constitucion, pero sin restablecer la libertad de la tribuna, y tan solo como un apéndice á las antiguas leyes del imperio: lo que era una mezcolanza heterogénea de espíritu despótico y popular. En vano Carnot le aconsejaba diciéndole que debía reinar para el bien de sus súbditos, y respetar la opinion pública como si fuese un ejército; aquel hombre orgulloso no desplegó nunca sus labios para otorgar espontáneamente á sus pueblos concesiones liberales, aunque se halló en la precision de inclinarse á algunas propuestas del consejo de Estado, que le obligó á suprimir la censura, proclamando la soberanía popular. Pero la convocacion en el Campo de mayo de los varios órdenes del Estado, del ejército, y de las diputaciones departamentales, fué un paso indiscreto porque reveló el número de los adictos á Napoleon y de sus enemigos. Además, es de considerar que no habia motivo para ello, pues que el acta adicional á la constitucion iba ya á someterse á la aceptacion individual de los ciudadanos, que no daba cuidado ninguno á Napoleon, porque estaba seguro de ella por esperiencia. En las dos cámaras, entretanto se habia aprendido bien el arte de hablar, por lo que Na-

ciados sufrieron persecuciones por parte de Francia durante la restauracion; pero Roma, fiel á su propósito hospitalario, se resistió siempre á acceder á las exigencias de los que pedian que se les expulsara. Muchos de sus descendientes se hicieron acreedores á la estimacion pública por sus méritos personales antes de que nuevas revoluciones les hayan vuelto á colocar en la escena política.

oleon, maldiciendo de los abogados, se vió en la precision de salir á campaña para reconquistar el derecho de hacerlo todo á su talento.

Napoleon, en su calidad de soberano independiente de la isla de Elba, tenia las mismas facultades que cualquier otro monarca para declarar una guerra á la que daba margen la violacion de los pactos anteriores. Pero los aliados unidos en Viena, y que no habian depuesto todavía las armas por sus mutuas rivalidades, sofocaron inmediatamente sus propios rencores para coaligarse contra el enemigo comun, y declararon que, "habiéndose puesto Napoleon fuera de las relaciones internacionales y civiles, quedaba espuesto como perturbador del mundo á la pública venganza." Y no contentándose con esto, despues de haberlo excluido de un modo tan inusitado de las leyes de la humanidad, fijaron dos millones de francos por precio de su cabeza, como en los tiempos bárbaros, preparándose por lo tanto de comun acuerdo, á combatirlo para sofocar en Francia el germen de la ruina y de las turbulencias de toda Europa. Protestaron finalmente que no entrarían de ninguna manera en negociaciones con él, porque no podia contarse con sus palabras. En el parlamento inglés el partido de la oposicion sostuvo que debía respetarse á toda costa el voto de los franceses, y no ingerirse en un asunto muy ajeno á la defensa de los derechos de los demas pueblos; pero razones semejantes fueron desatendidas. En cuya consecuencia se armaron tres ejércitos contra Napoleon, á saber, uno austriaco á las órdenes de Schwarzenberg, otro inglés á las de Wellington, y otro prusiano á las de Blücher. Para no gravar, pues, á los pueblos que se queria halagar á la sazón, manifestando una afectuosa solicitud por ellos, se estipuló que los víveres y trasportes fuesen costeados con la parte que cada cual de los aliados pretendia obtener de Francia.

Napoleon en aquella circunstancia habria debido olvidar de que habia sido emperador, ponerse al frente de una guerra nacional; reanimar al pueblo francés; sacar buen partido de su entusiasmo; mostrarse apenas en París; correr súbitamente todos los departamentos; improvisar legiones irregulares pero fervorosas, arrastrar en su propio vértigo á los indiferentes, y á los que pretendian retraerse y desbaratar las intrigas y combinaciones que se oponian á sus intereses. Napoleon no hizo nada de esto, y llevando el teatro de la guerra fuera del territorio francés, se separó otra vez del pueblo y se hundió.

Con un ejército de ciento ochenta y cinco mil hombres, acometió y derrotó separadamente á los ingleses y á los prusianos, y entró en Bruselas. La Bélgica se sublevó en su favor; respondieron á su llamamiento, los sajones, los bávaros y wurtembergueses: Napoleon era todavía el vate de los campamen-

tos, y en Ligny alcanzaban sobre los prusianos una de esas victorias antiguas que le habian inmortalizado. Pero los soldados no tenían ya en su jefe una fe tan profunda como antes; sus lugartenientes discutian sus órdenes, la omnipotencia de su voluntad no engendraba los mismos prodigios, y en tanto los descansos que exige el soldado, y que Napoleon le habria negado en otra época, facilitaron á los prusianos unirse con los ingleses en Warteloo. Allí Napoleon desplegó el atrevimiento de Austerlitz y de Wagram, pero Wellington, colocándose en posiciones oportunas, le opuso aquel sistema de resistencia que le habia hecho triunfar en Torresvedras, y se mantuvo firme hasta que llegó Blücher á reforzarlo. Los aliados quedaron finalmente victoriosos (18 de Junio de 1815); el ejército francés se dispersó, y Napoleon huyendo á través de los muertos y moribundos, llevó él mismo á París la noticia de su derrota (1). En vano Lamarque triunfaba en la Vendée y Suchet en los Alpes: Napoleon esclama: *no puedo reponerme, he disgustado á los pueblos.*

¡Confesion preciosa! Pero á pesar de esto; no le ocurrió otro medio para organizar la resistencia nacional, que el de pedir la dictadura. Los representantes se opusieron y Lafayette dijo: *bastante hemos hecho por Napoleon; nuestro deber es ahora salvar la patria.* Le intimaron, pues, que abdicase (2) y saliese del territorio. Entonces se capituló nuevamente con los aliados que ocupaban á

(1) Son muy conocidas algunas anécdotas apócrifas, pero dignas de ser consignadas en estas páginas. El general Cambronne respondió á los que le intimaban la rendicion: *la guardia muere pero no se rinde*: Wellington contestó á los soldados que le pedian un descanso: *imposible; yo, vosotros, todos debemos vencer aquí ó morir en nuestro puesto.*

[2] SEGUNDA ABDICACION DEL EMPERADOR.

Palacio del Eliseo, 22 de Junio de 1815.

¡Franceses! al comenzar la guerra para defender la independencia nacional, contaba con la reunion de todos los esfuerzos, de todas las voluntades nacionales. Tenia fundamentos para esperar de esto el triunfo, y arrostraba todas las reclamaciones de las potencias contra mí. Parece que las circunstancias han cambiado. Me ofrezco en sacrificio al encono de los enemigos de Francia. Ojalá que sean sinceros en sus declaraciones, y que su rencor solo se haya dirigido contra mí personal. Mi vida política ha terminado y proclamo á mi hijo emperador de los franceses, bajo el título de Napoleon II. Los ministros actuales formarán provisionalmente el consejo de gobierno. El interes que mi hijo me inspira me mueve á invitar á las cámaras á que organicen sin dilacion la regencia por medio de una ley. Unos todos para el bien general y para formar siempre una nacion independiente.

Paris y se habló de constituir una forma de gobierno mas libre. Unos querian á Napoleon II; otros pretendieron colocar en el trono á la familia de Orleans en vez de los Borbones que no habian satisfecho los votos de la nacion; pero Fouché con sus astutos manejos hizo creer que era inevitable devolver el trono á la antigua familia de los Borbones, y Luis XVIII, entró nuevamente en Paris (8 de Julio de 1815).

Napoleon partió á Rochefort con el objeto de embarcarse para los Estados-Unidos; pero no habiendo encontrado buque para el caso, pasó á bordo de una nave inglesa y escribió al príncipe regente: *Vengo como Temistocles á sentarme á los hogares del pueblo británico* [1]. Los aliados le consideraron como prisionero de guerra y determinaron de consuno enviarlo á Santa Elena, isla que parece perdida en la inmensidad del Océano, y en donde murió Bonaparte el 15 de Mayo de 1821 (1). Al exhalar el último suspiro, dijo:

(1) Al príncipe regente de Inglaterra.

Serenísimo señor:

Blanco de las facciones que dividen á mi país y de la enemistad de las mas grandes potencias de Europa, he terminado mi carrera política y vengo como Temistocles á sentarme al hogar del pueblo británico. Me pongo bajo la proteccion de sus leyes, que reclamo de vuestra alteza real, como el mas poderoso, el mas constante y el mas generoso de mis enemigos.

Mr. Sarrazin en su Historia de la Restauracion, al referir estas pocas palabras escritas por Napoleon al regente de Inglaterra, hace la siguiente observacion, maligna por cierto, pero juiciosa. "Considerando Napoleon su conducta política, en vez de escribir: "vengo como Temistocles á sentarme al hogar del pueblo británico," debía haber escrito: "vengo como Coriolano."

(Nota del traductor.)

[1] El destierro de Napoleon en Santa Elena fué una serie de privaciones y amarguras: Hudson Lowe, su carcelero, sin tener en consideracion el elevado rango de su ilustre cautivo, le trataba con una severidad brutal, y Napoleon carecia muchas veces de lo necesario. Pero aquel hombre de temple robusto conservó siempre en su desventura una tranquilidad y una entereza de alma dignas de un estoico. Una vez que uno del reducido número de sus servidores le dijo: "Señor, no tengo mas dinero que unos pocos francos para el gasto ordinario." Napoleon contestó: "El día que no tengamos recursos, espero que los centinelas no se negarán á partir su racion con su antiguo camarada." Las Memorias de Antomarchi y O'Meara, que nos refieren todos los pormenores de la vida de Napoleon en Santa Elena, forman el mas lastimoso contraste con la pompa y esplendor de la antigua casa imperial, como puede notarse por el cuadro que vamos á insertar: